

Crítica de Arte

EXPOSICIONES DEL MES

Ha comenzado la actividad artística. De nuevo nuestras salas exhiben semanalmente la producción de los artistas en un vaivén de calidad que va desde lo más mediocre a las obras meditadas y cargadas de sensibilidad creadora.

De todas formas, todavía no ha empezado el ritmo febril de la plena temporada. A las Salas del Banco de Chile, «Dédalo» y «Pacífico», vendrán a sumarse en seguida la Sala del Ministerio de Educación, la del Instituto de Extensión de Artes Plásticas y la flamante «Península». El arte en Santiago marcha, no por una doble vía, sino por una ancha ruta en la que cabe todo. Los amantes de la pintura nos regocijamos de esta actividad y pensamos que, a la larga, ella habrá de trocarse en un panorama grato. ¿Cómo desconocer la serie de estímulos y afanes de superación que todo esto engendra?

Cierto es que se exhiben cosas que están por debajo de cualquier estimativa crítica, pero ello no importa. La indiferencia terminará por barrer todo aquello indigno de perduración. En cambio podrán revelarse algunos artistas que sin esos estímulos permanecerían inéditos.

Sería curioso establecer una clasificación de las salas que funcionan y ver cómo, poco a poco, cada una de ellas va señalando unas características especiales. Parece raro, pero la pin-

tura que se exhibe en la Sala del Banco de Chile no es igual a la que se puede ver en la Galería Península; ni la que se muestra aquí se parece a la de la Sala Dédalo. Paulatinamente los mismos artistas establecen una serie de separaciones o, mejor, de corrientes que tienen—diríamos—una sala definidora. El público, a su vez, se agrupa en tendencias y va solamente a las exposiciones que conducen de una forma segura con sus propias preferencias.

Pero dejemos estas reflexiones para alguna futura crónica. Ocupémonos de los propios artistas. Una visión rápida a las diferentes exposiciones podrá ser motivo, incluso, para llegar a la citada clasificación.

Los comienzos son siempre tímidos. Parece demasiado temprano todavía para que los «maestros»—o los que se creen dignos de ese título—se decidan a exponer. Si el símil con la atmósfera teatral y con el argot escénico fuera legítimo en este caso, diríamos que las exposiciones primeras son exposiciones de «teloneros», es decir, de los pobres artistas que levantan el telón cuando la sala está medio vacía.

Abandonemos el juego metafórico. Aparte de que no es ni suficientemente apropiado, ni mucho menos justo.

* * *

No convendría tal título a los pintores que exhiben en «Dédalo», todos ellos gentes de experiencia y en quienes la obra adquiere ya una cierta jerarquía de madurez y logro estético.

De *Pintura Moderna* podríamos titular esta exposición.

Cuelga dos obras cada pintor. Estos son *Inés Puyó, Israel Roa, Carlos Pedraza, Sergio Montecino, Héctor Eguiluz y Héctor Cáceres*.

Tendencias: casi todos los artistas que exponen en la Sala Dédalo pueden admitir el calificativo de expresionistas; más todavía, de *fauves*, puesto que el estilo común que impulsa sus

obras viene en cierto modo del expresionismo francés. De todos ellos quien se aleja más de esa solidaria concepción, es Inés Puyó. Esta artista hace emerger sus obras de una neblina poética. Su expresionismo está atemperado por una suave melancolía engendrada plásticamente en una serie infinita de grises y de tonos abstractos.

Carlos Pedraza es barroco, de cromatismo vivaz, sus tonos buscan siempre la exaltación de la gama xántica. Es un lírico apasionado.

Eguiluz conserva restos de su pasado constructivismo. Utiliza sabiamente los tonos puros.

Sergio Montecinos revela ideas neo-románticas y superrealistas. Sus acordes son profundos, de honda dramaticidad.

Héctor Cáceres es el más apasionado *fauve*. El realiza una obra de acusado lirismo y subjetividad con el mínimo de elementos técnicos.

Israel Roa tiene el envío más endeble. Está por debajo de sus propios merecimientos.

* * *

En las Salas del Palacio de la Alhambra se ha exhibido el conjunto de obras que en 1938 fueron a Alemania bajo el título de *Pintura Chilena*. ¿Qué dirían—nos preguntamos— el público y la crítica alemanas? Porque al menos pesimista esta pintura debe parecerle una lamentable representación de las artes figurativas chilenas. El envío es insuficiente por varias razones. En primer lugar por la ausencia de algunos nombres imprescindibles. En segundo, por la presencia de otros artistas cuya obras alcanzan—por lo menos en esta exposición— una calidad indigna de aquella representación.

A nuestro juicio únicamente se salvan tres nombres: el del maestro Juan Francisco González y los de los artistas más jóvenes, Israel Roa y Samuel Román, pintor y escultor, respec-

tivamente. En estas mismas páginas nos hemos ocupado de ellos y sobre una producción posterior a la que figura en este conjunto.

Lo demás, es decir, los envíos de los señores Correa, J. Alpi; Lattanzi, etc., constituye, con pequeñas excepciones, un batiburrillo de tendencias, de estilos y maneras que no responden a nada, que carecen de orientación. Hay algunas obras que son escarnio de la pintura nacional.

De desear sería que no volviera a incurrirse en semejante despropósito.

* * *

En la Sala del Pacífico ha expuesto el joven artista Roberto Márquez un conjunto de dibujos, grabados y óleos. No es Márquez un pintor sin defectos. Tal vez la exposición pueda estimarse como prematura. Pero ello no debe hacernos olvidar que Márquez posee ya un cúmulo de virtudes potenciales. Su arte tiene ciertas reminiscencias con lo que últimamente se ha hecho en México. Aquí en Chile y en lo que se refiere a su posición espiritual tanto como técnica, su maestro sería Venturelli. Roberto Márquez posee una línea pura, expresiva. Llega a un gigantismo moderado y a una acentuación de los volúmenes para adentrarse por la ruta del expresionismo místico. La matización de los blancos y negros está vista con inteligencia y con visión muy plástica.

Todo hace prever en Roberto Márquez un futuro óptimo.

* * *

En la Sala del Banco de Chile ha expuesto Oscar Fernández una serie de acuarelas y óleos. Estos últimos están por debajo de cualquier estimativa crítica. Una elemental labor de policía estética debería prohibir la exhibición de obras tales.

Las acuarelas señalan ya otro clima artístico, aun cuando sean éstas unas estampas que, si bien rebasan un nivel elemental en cuanto a su realización, están lejos todavía de un módulo estético mínimo.

Son documentos de una realidad de la naturaleza, pero trazados sin vuelo lírico, sin sensibilidad. El pintor se ha limitado a trasladar a la cartulina la realidad ambiente como un minucioso testigo de lo que la rodeaba. Mas, no se crea por nuestras palabras que esa objetividad recuerde a ciertos maestros sabios en la visión real, No, eso sería cargar a Fernández Romero con una virtud que no posee. Su objetividad es escolar, de poco vuelo. Sin fuerza.

ANTONIO R. ROMERA.